

ÁLVARO DE LA IGLESIA

Los



PECADOS
PROVINCIALES



Amplio lote de relatos breves: biografías absurdas de personajes imposibles, viajes morrocotudos, embusteros impasibles, entrevistas y crónicas inventadas, historia de los descubrimientos (el gua, la barba, la suma, la nieve...). Un donjuán de fin de siglo. Un pobre hombre enamorado... Ejercicio de estilo, codornicesco, con algo de ternura y en algún caso –el donjuán por ejemplo-, verdadera exhibición de dominio de la pluma.

Pregunta: Decid, niño: ¿cómo os llamáis?

Respuesta: Pedro, Juan, Francisco, etcétera.

Pregunta: Vamos, niño, menos broma y concreta: ¿cómo te llamas?

Respuesta: Álvaro de Laiglesia.

Pregunta: ¿Puedes decir qué es un pecado venial?

Respuesta: Un pecado pequeño.

Pregunta: ¿Y un pecado capital?

Respuesta: Un pecado gordísimo.

Pregunta: ¿Y un pecado provincial?

Respuesta: Un pecado intermedio que inventé yo entre los pequeños y los gordísimos. Los pecados provinciales son aquellos que rebasan el tamaño de los veniales, sin llegar a la magnitud de los capitales.

Pregunta: ¿Eres capaz de poner un ejemplo?

Respuesta: Sí, señor: lea usted el libro que viene a continuación, y podrá ver muchísimos ejemplos.

El suicidio de Fernández

ENTRE LOS DATOS que puedo aportar para hacer la descripción de Andrés Fernández, tengo que omitir el color de sus cabellos. Imposible saber si era rubio o moreno, pues padecía una de las calvicies más absolutas que yo he visto en mi vida.

Casi todos los calvos conservan en alguna región de su cuero cabelludo una muestra de su pasado esplendor capilar: unas patillas pobladas todavía, unos ricitos en la nuca, dos guedejas en las sienes, ahuecadas con el peine para que abulten más... Unos cuantos pelos, en fin, en cantidad suficiente para que el observador pueda reconstruir con la imaginación el aspecto que ofrecían aquellos cráneos antes de quedarse desiertos y baldíos.

Pero en la cabeza de Andrés no quedaba ni una leve pelusilla que sirviera de muestrario. Su zona desértica empezaba encima de las cejas, y seguía sin interrupción hasta las nalgas. No era posible averiguar, por lo tanto, si su cabellera había sido dorada como las espigas, negra como el azabache o castaña como las pilongas. Lo cual debe tenernos sin cuidado, porque este dato carece de importancia en el desarrollo de esta novela.

Aparte de su calvicie total, no había ninguna otra particularidad en el aspecto físico de Fernández que llamara la atención. Todo en él era anodino: pertenecía a la clase media, y tanto su estatura como su edad eran medianas también. Tenía un rostro de facciones agradables, aunque borrosas, por no haber entre ellas ninguna que destacara de las demás:

Una nariz correcta.

Una boca más bien pequeña, con capacidad de apertura para bocados no muy grandes.

Un pliegue de grasa debajo del mentón.

Y un apellido, detrás de su nombre, que tampoco tenía nada de particular: Fernández.

Era, para no seguir perdiendo el tiempo en descripciones vulgares, uno de esos tipos que la Humanidad produce a millones para ocupar todas las sillas y las ventanillas de las oficinas públicas y privadas.

Pero aquella noche, la vulgaridad del señor Fernández tenía un nimbo de luz. Y ese nimbo no provenía de los faroles que alumbraban la calle, bajo los cuales iba pasando en el camino hacia su casa, sino de una alegría interior que le iluminaba el alma. Porque Andrés era feliz. Se le notaba en unas chispitas que le subían a los ojos y en una sonrisa pequeña que se le fijó en la esquina izquierda de los labios. Y no era para menos. Acercándose mucho a él, podía oírse que iba murmurando en voz baja:

—Gracias a la muerte de Gutiérrez, que en paz descanse, he logrado al fin ascender en la oficina. Lamento profundamente la muerte de Gutiérrez, pero al fin y al cabo él era soltero. Y yo tengo esposa que mantener.

Una pausa para frotarse las manos, y después:

—Que Dios me perdone, pero la muerte de Gutiérrez nos ha venido de rechupete. Porque en mi nuevo puesto me suben el sueldo cuatrocientas ochenta pesetas. ¡Casi quinientas más al mes! Por fin podré comprarle el abrigo nuevo a mi mujer. ¡Pobre Matilde! ¡Con cuánta resignación ha soportado siempre todas nuestras estrecheces! La verdad es que no tuvo mucha suerte casándose conmigo. Una chica tan guapa pudo encontrar un hombre más brillante que yo. Claro que yo he compensado mi falta de brillantez con el amor que siento por ella. Porque la adoro. Sin Matilde, estoy seguro, no podría vivir. No soy guapo, ya lo sé, ni puedo darle todo lo que se merece. Sin embargo, la quiero

tanto que soy capaz de hacer por ella cualquier sacrificio. Hoy mismo acabo de hacerlo, pidiendo un anticipo a cuenta del aumento para comprarle ese collar que vimos en el escaparate de la bisutería y que tanto le gustó. ¡Cuatrocientas pesetas de mi alma! Pero había que celebrar el ascenso de algún modo. Porque la noticia vale la pena. Y ya recuperaré ese dinero fumando menos el mes próximo.

Había llegado esa primera hora de la noche en que las calles principales de las ciudades provincianas se transforman en paseo. Dos ríos humanos, uno que ascendía y otro descendente, marchaban por la acera más ancha de la Calle Estrecha.

En la Calle Estrecha estaban las tiendas de más postín, los cafés más elegantes, y los dos casinos inevitables: el Militar y el Mercantil. En un escaparate se exhibían «tortas de San Calixto», especialidad repostera local. (Eran unas tortas tan grandes, que parecían bofetadas).

En la sala de juego del Casino Militar, un oficial de aspecto imponente desafió a otro no menos impresionante:

—He venido a que me dé usted la revancha de la partida que jugamos ayer.

El otro resistió impávido el reto de su adversario. Las miradas que cruzaron ambos jugadores fueron duras como cañonazos. Después de unos segundos, el desafiado empezó a quitarse los guantes mientras decía:

—Está bien: juguemos la revancha.

Entonces el oficial de aspecto imponente, volviéndose a un camarero, le dijo con esa voz dura e incolora que tienen los hombres cuando están dispuestos a jugárselo todo:

—Paco, tráenos el «parchís».

Fuera, en la calle, las dos corrientes de paseantes bailaban en la acera su lento rigodón.

Fernández, para avanzar con más rapidez, bajó a la calzada y fue trotando junto al bordillo una manzana. Luego, cruzó para meterse por la primera bocacalle. Allí precisamente empezaba el llamado «barrio del ensanche», que

suele existir en todas las ciudades provincianas. Se componen estas barriadas de varias calles anchas, trazadas en cuadrícula con técnica moderna, al final de las cuales se ve siempre el campo. Las casas son nuevas, altas, y están construidas con los patrones de las grandes ciudades.

Pero estos conjuntos urbanos, pese a estar adosados al núcleo antiguo principal, nunca llegan a fundirse con él. Quedan un poco aparte, desgajados del conjunto, como un pegote de pintura modernista en un cuadro viejo. Porque las ciudades provincianas tienen su personalidad hecha de callecitas angostas y zigzagueantes, que trepan por las jorobas del paisaje y caracolean alrededor de las colinas.

Por una de estas calles del «ensanche», con pretensiones y frías, se metió Andrés apretando ilusionado en un bolsillo el paquetito del collar. Iba imaginando la doble alegría de su esposa al recibir el obsequio y la noticia del ascenso.

Por la calle, en dirección opuesta a Fernández, circulaba un viento frío procedente de unas montañas nevadas que remataban a lo lejos aquella urbanización. El invierno ya había empezado a hacer su equipaje para marcharse, pero aún tenía que recoger aquella ropa blanca que había tendido en las cumbres.

Andrés entró en el portal del número 17. Era un portal pequeño, pero limpio y con ciertas presunciones marmóreas. Unos apliques de cristal traslúcido repartían por las paredes una luz tan suave, que era necesario andar con los ojos bien abiertos para no partirse la crisma al tropezar en los escalones que conducían al ascensor.

A la derecha del portal, había un detalle que estropeaba todas las ínfulas modernistas del edificio: una ventana, tras la cual seesteaba continuamente una vieja portera envuelta en una toquilla.

—Buenas noches, doña Demetria —dijo Fernández con la cordialidad que le infundía su estado de ánimo.

La vieja, detrás de su ventana, movió los labios como un pez dentro de su pecera. Andrés, impaciente por ver la reacción de su mujer ante la sorpresa que le preparaba, se metió en el ascensor y apretó el botón del ático.

La cabina despegó del suelo con un salto brusco, acompañado de fuertes zumbidos y estornudos del motor. Aquel estrépito obedecía a que el propietario del inmueble se quedó sin dinero antes de terminarlos, y tuvo que adquirir de ocasión los últimos detalles: el ascensor, la calefacción, los grifos... Si existiera alguna medalla para premiar a las cosas los servicios que nos prestan, hace tiempo que aquel ascensor la ostentaría en su heroico camarín. Porque desde su salida de la fábrica había subido y bajado durante medio siglo, sin más interrupciones que los tres o cuatro días por semana en que esos chismes tienen costumbre de no funcionar.

* * *

Andrés, durante la ruidosa y renqueante ascensión, iba pensando en lo guapa que estaría Matilde con su collar nuevo. Las perlas que lo componían eran demasiado gruesas para parecer verdaderas, pero harían un efecto espléndido sobre el rosado terciopelo de su piel.

Porque la piel de Matilde era suave como la de una niña. Lo cual no es nada extraño cuando se acaba de cumplir la treintena y se tiene la suficiente coquetería para perder una hora diaria ante el espejo en masajes, frotamientos y aplicaciones de productos embellecedores.

Éste era, lo reconocía Andrés, el único defecto de su mujer: coqueta nació y coqueta seguirá siendo hasta la muerte. Pero ¿no es natural que a una mujer le agrade coquetear un poco cuando la Naturaleza, en colaboración con sus progenitores, la ha superdotado de atractivos?

«No puede ser un pecado gordo —pensaba Andrés— presumir de los dones físicos que el cielo nos ha concedi-

do. Admito que a mi Matilde le agrada ser ligeramente provocativa, pero sus provocaciones son insignificantes y no hacen daño a nadie. ¿Qué importancia tiene, por ejemplo, que los sábados por la noche, cuando salimos a cenar con ese grupo de matrimonios, el traje de mi mujer sea más escotado que los de las demás? ¿Acaso no es ella la más guapa y la mejor formada de todas las señoras?

»Si las otras se descubren menos no es porque sean más recatadas, sino porque comprenden que harían el ridículo exhibiendo sus rodetes de carne fofa y envejecida.

»¡Habría que ver a doña Teresa, la esposa del notario, despechugada y con los brazos al aire! Sería un espectáculo de barraca verbenera. Porque doña Teresa es una jamona de cien kilos, con una pechuga impresionante. Cuentan de ella que hace años tuvo un niño, y que al sacar bruscamente uno de sus pechos para darle de mamar, le atizó con él tal mamporro en la cabeza que por poco le parte el cráneo.

»Tampoco las señoras restantes que componen nuestro círculo de amistades, son mucho más atractivas que esta jamona excepcional: hay una que tiene las clavículas tan salientes como una percha, y la nariz tan ganchuda como el gancho de colgarla; otra, en cambio, es chaparrita y rellena, pero sospecho que debe de ser patizamba porque siempre lleva las faldas hasta los tobillos. ¿No es natural que mi Matilde, entre tanta cotorra, quiera lucirse sin llegar al desco?»

Así razonaba el buenazo de Fernández, que sentía adoración por su mujer. Y es natural que la sintiese, porque Matilde había sido de las chicas más atractivas de la ciudad. Cuando sólo contaba diecisiete años, ya tenía otros tantos pretendientes.

Su belleza hacía olvidar a todos la humildad de su origen, pues era hija de un modesto panadero que casó en segundas nupcias con la dependienta de la panadería. (En primeras se había casado con la dueña, que, a cambio de no darle hijos, tuvo la gentileza de morirse pronto dejándo-

le el negocio). Sin embargo, gracias a la propaganda que los encantos de Matilde hicieron del establecimiento, la clientela aumentó de un modo considerable permitiendo a la familia vivir con cierto desahogo.

La primera juventud de esta guapa local transcurrió entre el zumbido de un enjambre de moscones. El enjambre se componía de estudiantes, militares sin graduación, repartidores de las tiendas y gente joven en general, sin porvenir inmediato.

Ella tenía para todos una sonrisa, una frase amable y puede que, para algunos, algo más. Pero poco: un paseíto al atardecer por calles apartadas y mal iluminadas, un beso a hurtadillas después del paseíto... Nada serio ni grave. Simples chiquilladas de mozalbetes que juegan a los novios, para tener cierta práctica más tarde cuando las parejas dejan de jugar y se transforman en matrimonios.

Durante aquella época juvenil, en resumen, Matilde practicó esas relaciones amorosas superficiales que los extranjeros designan con una palabra que suena a insecticida: «flirt».

—Pero ¿qué es en realidad el «flirt»? —se preguntará algún lector niñato que estará leyendo este libro a escondidas, aprovechando que sus padres han ido al cine.

Y yo le contesto con una deliciosa definición que hizo en uno de sus libros anteriores el humorista que más admiro, y cuyo nombre no cito por modestia:

«El flirt es un pequeño retal de amor que entrega la mujer como muestra, para que el cliente decida si le interesa adquirir la pieza completa».

De flirteo en flirteo, repartiendo entre su clientela muestras sin valor de sus encantos, Matilde llegó a la mayoría de edad intacta. Digo intacta dando a la palabra su significado más profundo, porque el tacto es un sentido que no deja huella en la epidermis. (A no ser, claro está, que se toque con excesiva violencia. Pero yo no hablo de puñetazos, sino

de caricias). Y a partir de aquel instante, la hermosa hija de los panaderos empezó a pensar seriamente en su porvenir.

Con tanta seriedad tomó esta decisión, que a todos los admiradores que tenía los mandó a paseo. Pero solos.

Y puso sus ojos en un ingeniero de caminos, que había venido de Madrid para construir un puente a la salida de la ciudad. Aquel puente se había proyectado a principios del siglo, como casi todas las obras públicas del país. Pero como cerca del sitio elegido para realizar el proyecto aún se utilizaba un puentecillo que construyeron los romanos poco después de Jesucristo, la construcción del sustituto se fue demorando, demorando...

Hasta que un buen día, al pasar un gigantesco camión de cereales que parecía un silo del Servicio Nacional del Trigo, el vetusto puentecillo se hundió. Y no hubo más remedio que mandar un ingeniero a toda prisa, para hacer el nuevo con la máxima urgencia.

—¡Y luego dicen que los romanos construían bien! —fue lo primero que declaró el ingeniero al llegar, con una sonrisa despectiva—. Puro papanatismo de la gente: como eran extranjeros... Pero la verdad es que sólo fueron unos fanfarrones, que se creían capaces de construir sin cemento. Y aquí tienen ustedes el resultado: dos mil añitos escasos, y todo se viene abajo.

Aparte de estas declaraciones impregnadas de suficiencia, bastante frecuentes entre los privilegiados que logran laurearse en esta fatigosa carrera de los caminos, el ingeniero era buen muchacho. Algo calvo, eso sí, porque no hay nada que produzca tanta devastación en el cuero cabelludo como el estudio intensivo de las matemáticas. Pero compensaba con creces su incipiente calvicie con unas cejas tan pobladas que casi le cubrían la frente.

Todas las solteras de la ciudad soñaron con él, pues ya se sabe que el sueño del sexo femenino, desde que tiene uso de razón, es cazar un ingeniero. Por lo menos eso dicen

las novelas, las comedias, y sobre todo los propios ingenieros.

Entre este sexo tan aficionado a la ingeniería estaba Matilde, que vio en Godofredo Castillejo —así se llamaba el tío— la posibilidad de ascender en la escala social.

—Así dejaré de ser una señorita de provincias —pensó—, para convertirme en una señora de Madrid.

Y nada la detuvo en su plan de conquista. Ni siquiera que el ingeniero se llamase Godofredo, nombre que para una mujer menos decidida constituiría una barrera difícil de franquear.

Para conseguir su propósito, la astuta joven acudió varias veces a bañarse en el río, justamente en la zona del cauce sobre la cual se estaba tendiendo el nuevo puente.

Se bañaba con un «bikini» azul, constelado de estrellitas amarillas.

¿Y quién ha dicho que los hombres no entienden de modas femeninas? En cuanto Matilde aparecía en la orilla del río con su atuendo acuático, todos los obreros que hacían el puente abandonaban su trabajo para admirar la tela de su bañador.

—Pero ¿qué pasa? —se enfadaba el ingeniero, que había prometido al Ministro de Obras Públicas acabar el puente en un periquete.

—Estábamos viendo esas dos piezas de cretona —se disculpaba un rudo capataz—. Me gustaría tener en casa unas cortinas así. ¡Fíjese qué dibujo tan acertado!

Y Godofredo se fijó.

—No está mal, en efecto —tuvo que admitir, deteniendo sus ojos mucho rato en las piececitas.

Matilde cronometró mentalmente la duración de aquella mirada y no pudo reprimir una leve sonrisa. El asunto marchaba viento en popa.

¡Y tan en popa! Como que al día siguiente, cuando acudió de nuevo al río a la hora de costumbre, el ingeniero se apresuró a abandonar su puesto en las obras para correr a

su lado. Ella le vio avanzar brincando sobre las vigas que formaban el esqueleto del puente, descender después por el terraplén hasta la orilla...

Y le esperó erguida, orgullosa de su triunfo, hermosa e incitante en su brevísimo atuendo.

Cuando Godofredo terminó de salvar la distancia que los separaba, se detuvo junto a Matilde y dijo respetuosamente:

—Usted perdone, señorita: ¿podría darme las señas de la tienda donde compró esa tela? Quisiera comprar algunos metros, para llevárselos a mi mujer cuando regrese a Madrid.

Después de este fracaso, que fue muy comentado y reído en toda la ciudad, el prestigio de Matilde bajó enteros. Seguía siendo tan guapa como siempre, desde luego, pero sus tonteos amorosos por un lado y su patinazo con Godofredo por otro mermaron su buen nombre.

Todas las feas de la región, como un nutrido orfeón de cotorras, se reunieron para criticar su conducta y llamarla frívola. Y como la fealdad es una tara que ciega los buenos sentimientos de quienes la padecen, las enemigas de Matilde tejieron a su alrededor una tupida red de calumnias. A sus inocentes devaneos juveniles, les añadieron picardías en las que ella no había incurrido jamás. Y así lograron que las madres dijeran a sus hijos:

—No os acerquéis a esa mujer, que tiene muy mala fama.

Esta advertencia, lejos de desanimar a los señoritos de la ciudad, los animó a acercarse más que nunca. Pero sin buenas intenciones. Y el resultado de la campaña de difamación fue que Matilde lo pasaba «chanchi»: salía con los chicos más acaudalados de la provincia, merendaba abundantemente en los mejores cafés y bailaba de lo lindo en el único «cabaret» de la ciudad, llamado «El cucufate de oro».

Todas estas salidas, como el lector comprenderá, no contribuían a pulir la reputación de Matilde. Pero la vida es

breve (esta frase no es mía), y ella pensó que era estúpido desperdiciarla quedándose en casa para desmentir las murmuraciones de unos cuantos loros.

Así, divirtiéndose en esa zona neutra que está más allá de la decencia, pero que no llega a entrar en la indecencia, cumplió dos años más esa estupenda señorita. Bailaba, mendaba y se divertía, pero nunca se enamoraba de sus acompañantes.

Hasta que surgió en su vida Emanuel.

Que en realidad se llamaba Manuel, como es costumbre en el santoral de este país. Pero el muy ladino añadió a su nombre el prefijo de esa «E» extranjerizante, pues le interesaba presumir de italiano. Y le interesaba porque, además de ser moreno y tener el pelo ensortijado, era peluquero de señoras.

No es un secreto para nadie que todo individuo decidido a practicar la especialidad peluqueril femenina, debe evitar dos errores fundamentales: llamarse Manolo y ser de Logroño. Con estas taras encima, a lo más que puede aspirarse es a ser barbero pueblerino, dedicado a rapar las barbas y el cogote a los palurdos. Pero ¡ni soñar con poner las manos en la coronilla de una dama! El peluquero de señoras empingorotadas tiene que ser francés o italiano, hablar con un ligero acento foráneo y estar dotado de cierto atractivo varonil.

Manuel Ruiz poseía esta última cualidad, pero las dos primeras tuvo que inventárselas. El acento lo resolvió pegándose una tira de esparadrapo en el paladar con el fin de que la lengua, al no poder moverse con desenvoltura por culpa de aquel obstáculo, pronunciase las palabras con rara fonética. Y su nombre, confianzudo y vulgarote, lo internacionalizó anteponiéndole aquella «E» tan falsa como mayúscula.

Emanuel llegó a la ciudad con intenciones de establecerse por su cuenta. Procedía de Madrid, donde trabajó a las órdenes de un peluquero francés que atendía por Char-

les. De este gabacho auténtico había aprendido todas las martingalas del oficio: desde teñir las pelambreras de las viejas para transformarlas en rubias apetitosas, hasta cobrar cuarenta duros por un lavado de cabeza.

—¡Ni que fuera un raspado de matriz! —murmuraban las clientes de Charles, pagando a regañapelos.

Emanuel quiso repetir este negocio, con sus mismos trucos y sus mismos precios, en aquella ciudad provinciana. Allí todas las cabelleras femeninas estaban en manos de artífices capilares locales, y pensó que las papanatas acudirían como moscas en cuanto anunciara su fingido origen exótico.

La única dificultad estaba en que los ahorros del emprendedor Ruiz no cubrían el desembolso necesario para poner en marcha el asunto. Y tuvo que lanzarse a buscar una ampliación de capital.

Pero un hombre joven y guapo, con mucho pelo fuera de la cabeza y muy pocos escrúpulos dentro, sabe de sobra que perdería el tiempo si tratara de conseguir un crédito bancario. Los hombres jóvenes y guapos, con mucho pelo fuera de la cabeza y muy pocos escrúpulos dentro, tienen una fuente crediticia mucho más segura y caudalosa: las mujeres guapas y tontas.

Matilde, que reunía estas dos condiciones, fue la primera víctima elegida por Emanuel. Y tardó menos de dos semanas en caer en las hábiles redes del ambicioso peluquero.

Cayó totalmente, en un prado florido, mientras admiraba con los ojos entornados las estrellas del cielo abrialeño.

Su caída no fue un capricho de su alocada juventud, sino la consecuencia del amor apasionado que sintió por el apuesto chulángano. Matilde había enloquecido por él y las consecuencias de aquella locura fueron catastróficas para ella: su fama, que nunca fue buena, alcanzó el grado de pésima. Las feas de la comarca, enteradas de su desliz por una beata que pasó a aquella hora por el prado florido, ca-